

MAMÁ PASÉ A LA UdeA

Por: Simón Atehortua Pulgarin

Atehortua, Simón, 2011, "Mamá pasé a la UdeA", *Kogoró*, Medellín, vol. II, enero-junio, pp 12-16.

"Si la libertad y la anarquía son el fin de la vida, el gobierno y las escuelas, toda la cultura la consideramos como medio para conseguir eso. Conseguir que cada ciudadano se autoexpresé cada vez más netamente"
San Fernando González

1. A manera de chisme (un buen regulador social):

Es muy difícil para mí saber ahora cómo es la UdeA. Llevo aproximadamente un año como estudiante en este paraíso ficticio, un año es demasiado para la débil memoria humana o para la pereza cognoscitiva de un estudiante de hoy. Solo podría bregar escribir lo que fue ese desastroso primer semestre 2010-1. Puedo intentar confesar algunas intimidades y contar algo de los reales primiparos de hoy.

Yo me presenté a la UdeA por tradición, porque la UdeA es la meca de muchos muchachos antioqueños; la UdeA es por sí misma un logro importante dentro de estas tierras y si uno logra estudiar en ella puede conocer mujeres y ser respetado en

la familia; claro que también es posible desestabilizar el hogar por ese latente temor de que "el niño" acabe tirando piedras o fumando marihuana con "ese montón de peludos que hay allá". El caso es que yo me presenté a la UdeA por eso y por convicción, solo me presenté en la UdeA, porque sabía que iba a pasar, lo sabía de la misma manera que uno sabe que si llega borracho a la casa le espera un buen regaño pero también una sincera preocupación de la madre. Efectivamente pase, imagínese usted la felicidad tan amarilla que se albergó en mi cuerpo, claro, mi futuro se veía lleno de amigos curiosos, muchachas alegres y tintos por todas partes; ya me sentía yo como si estuviera jubilado; desde ese día inició una demostración de que la realidad era más contraria.¹²

Recuerdo la inducción que tuvimos los estudiantes nuevos con el rector, fue un día hermoso, sentarse en El Camilo Torres y mirar a los otros que también lo miraban a uno, era la posibilidad de fantasear, era la sensación de ser estudiante, era el pensamiento de un primíparo; hasta que llegaron “Los Encapuchados”, fueron invadiendo el teatro con ese ambiente de los ideales viejos; se montaron al escenario y muy respetuosamente pidieron el micrófono, lanzaron su discurso y se presentaron caballerosamente a nosotros los ahora excitados nuevos estudiantes; yo no sé si “Los Encapuchados” produjeron en mí algo bueno o malo, quizá no produjeron nada, pero, eso sí lo sé, ese momento en que ellos llegaron de la nada a el teatro fue como haber visto al niño dios cuando a uno le daban regalos, “Los Encapuchados” son de verdad y yo ya los había visto, mi cabeza contuvo una frase

por varias horas: “Esa es la UdeA. ¿Qué irá a decir mi mamá?”. Esa inducción es un mal invento, nos tocó esperar un buen tiempo para empezar a estudiar; porque eso no lo he contado, yo pasé a la universidad a final del 2009, supuestamente para el primer semestre del 2010, pero inicie casi a mitad de año, ¿Qué puede uno hacer seis meses con ganas de clase?: leer. Seis meses leyendo. Lo que los libros nos dicen es muy de papel.

Nuestro semestre 2010-1 duro más meses de lo común; fue fantástico, hay que aceptarlo, también fue frustrante, de una manera extraña aprendimos lo que significa “asamblea”, “bonche”, “anormalidad académica” y por supuesto “paro”; nos acomodamos a ritmos de estudios muy arrítmicos, a procesos abigarrados y a la incertidumbre del que aprende algo fuera de la temporalidad de las cosas normales, eso hicimos y merecemos un cinco; es difícil fragmentar el estudio y pretender lograr una idea concreta, es muy difícil leer a los teóricos de las ciencias sociales en un ambiente tan socialmente pesado, eso es muy difícil, si, pero es una oportunidad también; la UdeA es de cierta forma la posibilidad de retarse, para ser estudiante o para ser estudiado, por ejemplo, este escrito es un estudio hecho por un estudiante acerca de otros estudiantes que descaradamente son sujetos de estudio: Los Primíparos. Los primíparos son una cosa, amorfa y lela, como los niños, son así los primíparos, unos personajes que semestre tras semestre divierten a los más viejos y a los vanidosos, porque -a pesar



de lo caricaturesco- ser primíparo es una maravilla, como dice mi compañero Fito: “Saimon, yo tengo 35 años y soy primíparo por segunda vez en mi vida, no me cambio por nadie”.

Los primíparos inundan las cafeterías y los corredores con sus morrales gigantes, sus carpetas repletas, sus cocas sabrosas, sus billeteras menos afectadas y sobre todo sus gestos de primíparo, esos gritos que revelan la emoción del que descubre cualquier cosa por más estúpida que sea, esa bonita forma de caminar en grupo y mirar a la gente como si fueran piezas de museo, esos actos encontrados en los primíparos más evidentes, son el privilegio de quien se sabe ensimismar cuando es necesario.

Hasta aquí hay una imagen malograda de Los Primíparos y su medio ambiente; voy a tocar un tema (más bien un espacio) importantísimo, se trata de

“Bantú”, voy a escribir sobre eso para después denunciar y anunciar -cual profeta- la situación que primíparamente soportamos en el semestre 2010-1, pero primero la fiesta: “Bantú”: es un oasis, la primera vez que llegué a “Bantú” fue muy parecida a la primera vez que baile salsa, por estar mirándolo todo no hacía más que pisar y pisar en donde no debía pisar, es decir, recorrí varias veces el lugar y no hallaba un buen sitio, aunque todo el mundo estaba en todas partes, yo no lograba entender el interés que salía de cada persona, la gente sonriente, las botellas sonriente, los cigarros sonrientes,

muy sonrientes; de manera que terminé sentado al frente de un bar tomando cerveza y mirando muchachas bonitas; aun así fue algo mágico, no sé por qué, pero era mágico y más mágico todavía el cambio del lugar y de mis pasos de baile en él a media que iban llegando los viernes, los jueves y últimamente los lunes. “Bantú” es una maravilla contemporánea, esa forma de relajarse que los estudiantes evidenciamos allí es una cosa sincera, instintiva y viciosa, también virtuosa pero benditos sean los vicios; de manera que “Bantú” es la extensión universitaria más exitosa que conozco, es un lugar extraño en donde los estudiantes revelan su lado amarillo, sus intenciones humanas y sobretodo sus (nuestras) particularidades. Compañero lector, si es usted un primíparo... ¡párese! Y termine de leer esto en “Bantú” donde aparentemente la vida es de verdad.

Tómese un trago,
ahora ¡Salud!;
estoy



despechado y me siento como con la oportunidad de gritarlo escribiendo, yo denuncio la incertidumbre de un estallido y anuncio la alegría de las explosiones; denuncio el temor de parar, anuncio la marcha decidida; como denuncio la violencia y anuncio a los avispados; esta universidad es un bonito corral de unicornios, la casa de los pitufos y ciertamente el alma mater de algunos feligreses y desalmados; lo digo por ese semestre tan extraño, puede que sin propiedad lo diga, pero estoy diciendo algo, lo cual no importa, solo es cuestión de movimiento como bailar en “Bantú” o descifrar un parcial; maldita sea, yo soporte una situación que no comprendía, y que ahora, no comprendo del todo, pero algo se dimensiona, lo más triste no es dejar de recibir una clase, sino callarse y no expresar esa tristeza, lo triste no es la monotonía dibujada en las asambleas estudiantiles, sino los comentarios repetitivos, repetitivos y repetitivos... como si la universidad fuera una grabadora vieja y nosotros un casete empolvado, o peor, ¡un casete virgen!; eso si es lo triste, porque es cierto que duele ver a la universidad como campo de batalla, pero por el universo que es más triste ver a los estudiantes no estudiando; eso fue lo que aprendí principalmente en mi primer semestre académico en la UdeA, yo no sé todavía donde venden los almuerzos a tres mil, pero le podría decir en donde puede encontrar a unas cuantas personitas decidiendo por treinta y pico mil entes. Qué maravilla esta universidad, uno estudia antropología y termina hablando de números.

Como para reír nuevamente necesito contar que estuve hablando con los estudiantes nuevos del semestre 2010-2 (que transcurre en el 2011); estudiantes de antropología, muy variados entre ellos, los muchachos, como yo, evidencian su carrera, ¿Por qué?, imagínese, ninguno era normal física o metafísicamente; esos muchachos con los que hablé me regalaron varias sonrisas, especialmente cuando mencionaron sus reacciones al saber que habían pasado a la UdeA, reacciones muy curiosas, por ejemplo no sentir nada o subir escaleras con una pierna quebrada únicamente para comprobar los resultados por internet, también llorar, también no enterarse; no se puede negar que la universidad causa en cada uno de sus hijos algo singular, es una relación específica con cada uno y si usted no la ha sentido podría ser por dos cosas, usted es un hombre o mujer de poca fe o yo me creo el hijo de dios.

2. A manera de brindis (una buena excusa):

Los primíparos son tal vez primíparos por no haber normalizado la estancia en la universidad.

Que vivan los primíparos en los ojos de cada estudiante.

3. Amanera de beso robado (una buena acción):

Si usted ve a un primíparo invítelo a un tinto y disfrute tiernamente de la inocencia académica.

Que vivan los primíparos en las manos de cada estudiante.

4. Y a manera de final (una buena adivinanza):

Si la gente cree que envejecer representa tener canas y arrugas, quizás la gente no ha sido vieja. Si la gente cree que ser primíparo es penoso, quizás la gente no ha estudiado en la universidad, o no ha sido gente, o sí.

Así son las cosas, mentiras que no; una razón para escribir es desnudarse, pues eso brego yo y si usted piensa que entonces mi cuerpo es deforme tiene razón. Para no desnudarme solo, porque la desnudes es un placer para compartir,

quise regalar a los lectores un buen resumen de lo que se desarrolló en mí después de ser primíparo, después de padecer el semestre 2010-1 y después de enamorarme de la UdeA. Con palabras de otro hijo:

“Las 8 de la noche. Algo me rasca en la cabeza. Me acaricio. Puede ser una idea genial. La acaricio con ternura para que no se me escape. La tengo entre mis dedos. ¡Ya está! Dios mío, es un piojo. Lo volteo. Patalea en el centro de mi mano. Tiene 14 pares de patas inmensas. Le arrojo bocanadas de humo para emborracharlo. El piojo se pone a cantar el Himno Nacional de Colombia. Luego canta la Marsellesa en un impecable francés de la época de Rosseau. Y finalmente canta la Internacional. Grita como un líder obrero: “Viva Stalin, abajo Trotsky el traidor”. Como yo admiro a Trotsky, le ordeno al piojo que se suicide. El insecto

me pide perdón, pero mi madre dice:

—No lo perdones, es un inmundo bolchevique.

—Mamá, ¿qué dices, le perdonamos?

—Si abdica del comunismo.

El piojo grita: Viva el Nadaísmo. ¡Viva Gonzaloarango!
Mi madre dice: —Que se suicide, ese piojo no tiene salvación.”

Gonzalo Arango.